

49. Origen histórico de su codicia

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“Ya no preguntamos de qué utilidad puede sernos una cosa, sino de qué ganancia o provecho; el amor del oro nos hace alternativamente hombres de bien o pícaros, según lo exige nuestro interés o nuestra situación.”

Séneca.



Origen histórico de su codicia

“Cuanto menos es el individuo, y cuanto menos expresa su vida, tanto más tiene y más enajenada es su vida.”

Karl Marx.

Dijo el Papa Francisco hace unos días:

“La humanidad está en guerra. Guerra por el dinero, guerra por los recursos de la naturaleza, guerra por dominar a las poblaciones.”

Julio de 2016

¿Cómo es posible que el ser humano haya llegado a este deplorable estado, que es la expresión de su codicia insaciable?

La Gran Promesa

Nuestra civilización empezó cuando la especie humana comenzó a dominar la naturaleza en forma activa; pero ese dominio fue limitado hasta el advenimiento de la época industrial, siglo XVIII, en Inglaterra.

El progreso industrial, que sustituyó la energía animal y humana por la energía mecánica, después por la energía nuclear, y que sustituyó la mente humana por el computador, nos hizo creer que nos encontrábamos a punto de lograr una producción ilimitada y, por consiguiente, un consumo ilimitado.

Nos vendió la esperanza fatua de que la técnica nos haría omnipotentes, que la ciencia nos haría omniscientes, que el consumo ilimitado nos haría felices. Estábamos en camino de volvernos dioses, seres supremos, amos de la naturaleza, dueños de la vida, para consumir y tener.

Esa fue la Gran Promesa de un progreso ilimitado, la promesa de dominar la naturaleza, abundancia material, mayor felicidad para el mayor número de personas y una libertad sin amenazas; ha sostenido la esperanza y la fe de la gente desde el inicio de la época industrial.

Los humanos que participaron en la expansión inicial del proceso industrial tenían un nuevo sentimiento de libertad, se convertían en amos de sus vidas: las cadenas feudales habían sido rotas y el individuo podía hacer lo que deseara, libre de toda traba... o así lo creía.

Aunque esto sólo era verdadero en relación con la clase alta y media, sus logros podían hacer que los demás tuvieran fe en que posteriormente la nueva libertad podría extenderse a todos los miembros de la sociedad, siempre que la industrialización continuara progresando.

Esta fe en la libertad y progreso económico para todos, iniciada en Inglaterra, echó raíces en los Estados Unidos en el siglo XX, hasta convertirse en “*el sueño americano*”, hoy convertido en “*la pesadilla americana*”: no tienen inconveniente en bombardear Medio Oriente con tal de mantener sus reservas petroleras que alimentan su poderosa industria.

El nuevo paradigma hedonista del consumo y el placer para ser feliz lo cambió todo, incluido el pensamiento filosófico humanista:

“El socialismo y el comunismo rápidamente cambiaron, de ser movimientos cuya meta era una nueva sociedad y un nuevo hombre, en movimientos cuyo ideal era ofrecer a todos una vida burguesa, una burguesía universalizada para los hombres y las mujeres del futuro.

Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos.”

Erich Fromm.

La nueva santísima trinidad: producción ilimitada, libertad absoluta y felicidad sin restricciones, formaba el núcleo de una nueva religión, el Progreso. No es extraño que esta nueva religión infundiera energías, vitalidad y esperanzas a sus creyentes, habiendo sido el feudalismo su precedente histórico inmediatamente anterior, ya extinguido en buena parte de la tierra.

El fin de la ilusión

Lo grandioso de la Gran Promesa del Progreso ilimitado, los notables logros materiales y tecnológicos de la época industrial, no son suficientes para justificar el trauma social que produce hoy en día su fracaso humano: la época industrial no ha podido cumplir su Gran Promesa, y cada vez más personas nos damos cuenta de lo siguiente:

- La satisfacción ilimitada de los deseos, convertidos en anhelos obsesivos por el consumo, no producen bienestar ni es el camino de la felicidad.
- El sueño de ser los amos independientes de nuestras vidas terminó cuando empezamos a comprender que todos éramos simples engranajes de una máquina industrial o burocrática.
- Descubrimos que nuestros pensamientos, sentimientos y gustos eran manipulados por el gobierno, los industriales y los medios de comunicación, en beneficio de unos pocos que se fueron apoderando de todo.
- El progreso económico se ha concentrado en unas pocas naciones ricas, y el abismo entre los países ricos y los pobres es cada vez mayor.
- El capital descubrió que podía acumular más y más capital al apoderarse de la plusvalía producida por los trabajadores, invisible en el producto final de su trabajo. La plusvalía para el capital y el salario *mínimo* para el trabajador, es la fórmula de la acumulación de capital.
- El avance tecnológico ha creado peligros ecológicos y nucleares, tales que podrían terminar con la civilización y quizás con toda la vida sobre la tierra.
- La revolución industrial evolucionó hacia el capitalismo salvaje, y éste evolucionó hacia el imperialismo económico y militar, sustentado en el poder de las armas.

No es de extrañar, entonces, que el Papa Francisco afirme que la humanidad está en guerra.

Cuando Albert Schweitzer fue a Oslo a recibir el Premio Nobel de la Paz (1952) desafió al mundo:

“A atreverse a enfrentar la situación... El hombre se ha convertido en un superhombre... pero el superhombre con su poder sobrehumano no ha alcanzado el nivel de la razón sobrehumana. En la medida en que su poder aumente se convertirá cada vez más en un pobre hombre... Debe despertar nuestra conciencia el hecho de que todos nos volvemos más inhumanos a medida que nos convertimos en superhombres. ”

En otras palabras, la revolución industrial hizo que la mente tecnológica evolucionara sin límite, pero la condición humana, el Ser esencial de cada persona, quedó paralizado.

“Cuando el sentimiento puro es corrompido por el intelecto, hay mediocridad; es lo que sucede con la mayoría de nosotros. Nuestras vidas son mediocres porque estamos siempre calculando, preguntándonos si eso vale la pena, qué beneficio podremos obtener, no sólo en el mundo del dinero, sino también en el mundo así llamado espiritual: “Si hago esto, ¿obtendré aquello?””

Krishnamurti.

Las premisas psicológicas del fracaso

El fracaso de la Gran Promesa del Progreso sin límite emanó debido a sus dos principales premisas psicológicas:

1. La meta de la vida es la felicidad, entendida como el máximo de placer, que se define como la satisfacción de todo deseo o necesidad subjetiva que una persona pueda tener. Es el culto del hedonismo puro.
2. El egocentrismo, el egoísmo y la avaricia que el sistema necesita fomentar para funcionar y producir armonía y paz.

Mírese en este par de premisas. Éste es el origen histórico y cultural de su codicia actual. Descubra en estas ideas el origen de su avaricia. Podría comprender que su conducta acaparadora frente a los bienes está

condicionada por la historia, la civilización industrializada y capitalista, y la cultura que exalta el ego, su ego, su “yo”, su “mi”.

El ser humano es un sistema biológicamente programado por la naturaleza y psicológicamente condicionado por la sociedad. La libertad interior puede ser conquistada sólo mediante el propio esfuerzo, sólo mediante la observación de sí mismo.

Es sabido que los ricos a través de la historia han practicado el hedonismo radical. Pero, aunque el máximo placer ha sido el objetivo de grupos privilegiados en cada época, la teoría del bienestar hedonista individual no fue sustentada por los grandes Maestros de la Vida en China, la India y Europa.

Sin duda, Buda, 600 años a. de C., ha sido el gran contradictor de la teoría del hedonismo como razón para vivir. Sus “*cuatro nobles verdades*” y la “*óctuple vía para vivir*” se fundamentan en esta tesis: todo es sufrimiento, el deseo es la causa del sufrimiento, el deseo debe ser eliminado.

Tal vez una excepción intelectual sea el filósofo griego Aristipo, discípulo de Sócrates, siglo IV a. de C., quien enseñó que sentir el máximo placer corporal constituye la meta de la vida, y que la felicidad es la suma total de los placeres gozados. Para Aristipo la existencia de un deseo era la base del derecho para satisfacerlo, y así conseguir la meta de la vida: el placer.

Ni siquiera Epicuro puede ser considerado un representante del hedonismo puro, porque para él el placer “*puro*” era la meta más elevada, pero este placer significaba “*ausencia de dolor*” y “*tranquilidad del alma*”.

El mismo Jesucristo fue radical en contra de poseer:

“Pues, ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?”

Lucas 9, 23. Biblia

Ninguno de los otros grandes maestros enseñó que la existencia real de un deseo constituyera una norma ética, sino que se interesaban por el bienestar de la humanidad.

El elemento esencial de su pensamiento era la distinción entre aquellas necesidades (deseos) que sólo se sienten subjetivamente y cuya satisfacción produce un placer momentáneo, y las necesidades que están enraizadas en la naturaleza humana y cuya satisfacción fomenta el desarrollo humano y produce “*bienestar*”.

En otras palabras, se preocupaban por distinguir entre las necesidades puramente subjetivas (deseos) y las necesidades objetivamente válidas: una parte de las primeras puede ser dañina para el desarrollo humano, y las segundas están en armonía con los requerimientos de la naturaleza humana. Es la diferencia entre lo deseado y lo necesario.

Estos planteamientos éticos posiblemente están implícitos en lo que ahora se denomina “*el socialismo del siglo XXI*”. Aunque el cerebro está programado por la naturaleza para producir deseos frente a la percepción de un estímulo, la organización social da prioridad a las necesidades reales de la comunidad.

Teorías éticas

La teoría de que la meta de la vida es satisfacer todos los deseos humanos fue francamente proclamada, por primera vez desde Aristipo, por los filósofos de los siglos XVII y XVIII.

“Este concepto pudo surgir fácilmente cuando “ganancia” dejó de significar “ganancia del alma” (como en la Biblia y más tarde en Spinoza) y llegó a significar ganancia material, económica, en el período en que la clase media se libró no solo de sus grilletes políticos, sino de todos los vínculos con el amor y con la solidaridad, y creyó que vivir sólo para uno mismo significaba ser más y no menos.

Hobbes consideraba que la felicidad es el progreso continuo de una codicia a otra; La Mettrie hasta recomendaba las drogas, que por lo menos ofrecían la ilusión de la felicidad; para Sade la satisfacción de los impulsos crueles era legítima, precisamente porque existían y debían ser satisfechos.”

Konrad Lorenz.

Estos pensadores vivieron en la época de la victoria final de la clase burguesa.

“Desde el siglo XVIII se han desarrollado muchas teorías éticas: algunas fueron formas respetables del hedonismo, como el utilitarismo; otras fueron sistemas estrictamente antihedonistas, como los de Kant, Marx, Thoreau y Schweitzer. Sin embargo, en la época actual, en general desde el fin de la primera Guerra Mundial, se ha regresado a la práctica y a la teoría del hedonismo radical.”

Erich Fromm.

Los elementos del desastre

Las consideraciones teóricas demuestran que el hedonismo radical no puede conducir a una colectividad hacia la felicidad, y explican por qué no puede hacerlo, dada la naturaleza humana; pero aun sin un análisis teórico, la realidad social muestra muy claramente que esa *“busca de la felicidad”* no produce bienestar.

En nuestra sociedad somos claramente infelices: solitarios, angustiados, deprimidos, ansiosos, avaros, explotadores del prójimo, especuladores con los bienes y servicios, destructivos y dependientes, atesoradores de riquezas, insolidarios, carentes absolutos de compasión.

Acumulando todas las enseñanzas de todos los grandes Maestros del Espíritu humano, de todos los tiempos, fueros derrotados por las leyes del libre mercado. Fracasaron todos los Maestros y triunfaron todas las leyes del mercado, del capital, de la competencia, donde sobreviven sólo los más astutos, los más inescrupulosos.

Durante tres siglos hemos realizado el experimento social más grande posible, en la gran mayoría de los países de la tierra, para contestar una pregunta: el placer, como experiencia opuesta al amor y al bienestar, ¿puede ser una respuesta satisfactoria al problema de la existencia humana?

Por primera vez en la historia la satisfacción del impulso del placer no sólo es privilegio de una minoría, sino que es factible para más de la mitad de la población. Pero si observamos el estado de violencia, miseria e infelicidad

que es evidente por todas partes, podemos afirmar que el experimento ya ha contestado la pregunta negativamente.

La segunda premisa psicológica de la época industrial (satisfacer el egoísmo individual produce armonía y paz, y se traduce en bienestar para todos) es igualmente errónea en el terreno teórico, y su falacia se demuestra con los datos observables.

¿Por qué es verdadero este principio, que sólo rechazó uno de los grandes economistas clásicos, David Ricardo? El egoísmo se relaciona no sólo con mi conducta, sino con mi carácter:

- Significa que lo deseo todo para mí.
- Que poseer y no compartir me da placer.
- Que debo ser avaro, porque mi meta es tener más y más.
- Que más soy cuanto más tengo.
- Que debo sentir antagonismo con todos mis semejantes: a mis clientes a los que deseo engañar, a mis competidores a los que deseo destruir, a mis obreros y empleados a los que deseo explotar.
- Nunca puedo quedar satisfecho, porque mis deseos no tienen límites.
- Debo envidiar a los que tienen más, y temer a los que tienen menos.
- Pero debo reprimir estos sentimientos para presentarme, ante los otros y ante mí mismo, como el individuo sonriente, sincero, amable que todos simulan ser. La sonrisa comercial debe mantenerse.

La pasión de tener más y más debe producir una guerra de clases cualquiera que sea el sistema político que la patrocine. Mientras todo el mundo desee tener más, se formarán clases, habrá guerras entre naciones, transmitidas en directo, como sucedió con el bombardeo de EE.UU. a Bagdad, Irak, para complacencia de los racistas, xenófobos y sociópatas.

La avaricia y la paz se excluyen mutuamente.

La quiebra de la ética humanista

El hedonismo radical y el egoísmo ilimitado no habrían surgido como principios orientadores de la conducta económica, de no haber ocurrido un cambio radical en el siglo XVIII: el descubrimiento de la máquina de vapor.

En la sociedad medieval, como en otras sociedades muy desarrolladas y también en las primitivas, la conducta económica estuvo determinada por los principios éticos. Por ello, para la teología escolástica, categorías económicas como el precio y la propiedad privada formaban parte de una teología moral.

Hasta el siglo XVIII, hasta el surgimiento de la revolución industrial, la conducta económica había sido *humana* y, por consiguiente, estaba sujeta a los valores de la *ética humanista*.

¡En varias etapas, el capitalismo del siglo XVIII efectuó un cambio radical: *la conducta económica se separó de la ética y de los valores humanos!*

En realidad, se supuso que la máquina económica era una entidad autónoma, independiente de las necesidades y de la voluntad humana. Era un sistema que funcionaba solo, y obedecía a sus propias leyes. El sufrimiento de los obreros y la quiebra de un número cada vez mayor de empresas pequeñas, en bien de las empresas mayores, era una necesidad económica que podía lamentarse, pero que debía aceptarse como resultado de una ley natural.

El desarrollo de este sistema económico ya no quedó determinado por la pregunta: *¿Qué es bueno para el hombre?*, sino por la pregunta: *¿Qué es bueno para el desarrollo del sistema?*

Se trataba, entonces, de ocultar lo encontrado de este conflicto suponiendo que lo que era bueno para el desarrollo del sistema, o aún para una sola gran empresa, también era bueno para la gente. Hasta hace unos pocos años, tal vez una década, se decía en EE.UU. que *“lo que es bueno para la General Motor es bueno para el país.”*

Esta interpretación del sistema se vio reforzada por una versión perversa acerca de la naturaleza humana, del ser humano, que hizo casi invulnerable la macroestructura económica y psicológica que nos gobierna, en bien del

sistema: que las cualidades mismas que el sistema requería de los seres humanos, egoísmo, y avaricia, eran innatas a la naturaleza humana.

Entonces, se concluyó que no solo el sistema, sino la misma naturaleza humana las fomentaba. Según esta hipótesis, el sistema capitalista necesitaba del egoísmo y la avaricia de las gentes, y estas dos conductas pertenecían a la naturaleza de las gentes. Tal para cual. La simbiosis perfecta. No había que cambiar nada. Simplemente permitir que las leyes del mercado regularan todo.

El sistema debía crear condiciones económicas para que el egoísmo y la avaricia se expresaran, sin restricciones, sin condiciones, sin controles que restringieran la libertad del individuo para hacer lo que pudiera hacer, sin importar el bienestar de la comunidad. Se suponía, entonces, que las sociedades donde no existía el egoísmo y la avaricia, eran “*primitivas*”, y sus habitantes eran como “*niños*”.

La gente no pudo reconocer que estos rasgos que habían dado el ser a la sociedad industrial no eran impulsos naturales, sino producto de las circunstancias sociales.

El sistema, además, evolucionó hacia la destrucción de la naturaleza, porque poseía riquezas que podían ser objeto de la propiedad privada, egoísta, avara. La relación de la gente con la naturaleza se volvió muy hostil.

Aceptamos que estamos dentro de la naturaleza pero no con la naturaleza, y porque con el don de nuestra razón la trascendemos, hemos tratado de resolver nuestro impulso posesivo renunciando a la visión mesiánica de la armonía entre la humanidad y la naturaleza.

Al conquistar a la naturaleza, al transformarla para nuestros fines, su conquista se ha convertido, cada vez más, en equivalente de destrucción. Nuestro espíritu hostil y de conquista nos ciega al hecho de que los recursos naturales tienen límites y pueden agotarse, y que la naturaleza luchará contra la rapacidad humana. En su momento, la tierra se defenderá.

La sociedad industrial desprecia la naturaleza, desprecia las cosas que no están hechas por máquinas, y desprecia los pueblos que no son fabricantes de máquinas, incluidas las máquinas de guerra. Hoy día la gente se siente

atraída por los objetos mecánicos, por el poder de las máquinas, por lo que no tiene vida, y cada vez más por la destrucción.

La pasión consumista se manifiesta hoy día en viajar, automóviles, T.V., sexo y celulares. Eso es todo. La vida se ha reducido al consumo de eso, el sistema ha reducido al ser humano a eso, al consumismo hedonista, egocéntrico, avaro, al margen de cualquier evolución posible del ser humano.

¿Por qué tan importantes los celulares? Porque “ahí está todo”, como suele afirmar la publicidad. ¿Pero eso es verdad? ¿Ahí, en ese pequeño espacio, está el amor? ¿La vida, el Ser, la compasión, la felicidad, la solidaridad, la comprensión, la Conciencia? ¿Ahí está el milagro de la vida y el misterio de la muerte? ¿La posibilidad trascendente del ser humano? ¿Y la felicidad?

De manera que el Papa Francisco tiene razón. La humanidad está en guerra por el dinero. ¡Pero lleva 300 años en guerra! Antes eran unos contra otros. Ahora es todos contra todos, y las armas nucleares anuncian que pronto no quedará nada, ni nadie sobre la faz de la madre tierra.

Alternativas para evitar la catástrofe

Hay dos alternativas posibles para evitar el desastre:

1. El cambio del sistema.
2. El cambio dentro del ser humano.

No son pocos los esfuerzos por estudiar la posibilidad de crear modelos sociales alternativos, enteramente nuevos, y de experimentar con éstos: comunismo, capitalismo cooperativista, socialismo siglo XXI, democracia cristiana, fascismo...

Todo ha sido inútil. ¿Por qué? Tal vez porque en todos ellos subyace la actitud de “*tener*”, poquito o mucho, más o menos, pero “*tener*”. Es decir, que en todos esos modelos subyace, en mayor o menor medida, el egoísmo, la avaricia, la codicia, el “yo”, poseer, el apego.

La segunda opción es poco conocida, poco estudiada, poco practicada, propia de ciertos grupos y comunidades que se dedican al desarrollo del ser interior, a la potenciación de la conciencia de sí mismo, a trascender el “yo”, el ego, con todas sus patologías.

Hay dos modos básicos de existir: tener y ser. La modalidad de “*tener*” ha fracasado. Vivir en la modalidad de “*ser*” es la posibilidad.

¿Por qué esta ansia de poseer?

Está bien que tengamos una visión del origen histórico de la codicia, porque así ha sido. Pero, ¿por qué Ud., que es una persona con inteligencia, acepta vivir condicionado por la codicia? ¿Por qué acepta ser un codicioso que aporta más confusión y crueldad a la que ya hay en el mundo? ¿Por qué acepta con gusto vivir así?

Si comprende que está condicionado psicológicamente por la historia, por el sistema, y por las “*leyes del mercado*”, ¿por qué no busca una libertad interior? ¿Por qué ese afán posesivo, sin ningún adjetivo atenuante?

¿Qué es lo que lo hace querer poseer, no sólo personas, sino también cosas e ideas? ¿Por qué ese anhelo desbordado de poseer, con toda su lucha y sufrimiento? ¿Qué significa la posesión?

En el sentir que posee hay orgullo, sensación de poder y prestigio. Hay placer en saber que algo es suyo, sea una casa, un vehículo o una mascota.

La posesión de capacidad, de talento para realizar, y el reconocimiento que ello trae, también produce la sensación de importancia, una perspectiva segura de la vida.

Por lo que se refiere a las personas, poseer y ser poseído suele ser una relación mutuamente satisfactoria, aporta el placer perverso de ser esclavo o esclavista.

Hay posesión también en términos de creencias, ideas, ideologías, conocimientos, acumulación de información...

La posesión implica todo esto. Ud. puede querer poseer personas, otro puede poseer una serie de ideas, mientras que otro puede satisfacerse con unas pocas hectáreas de tierra, o con unos pocos bancos, con unos pocos cientos de empleados mal pagos.

Por mucho que varíen los objetos, toda posesión es esencialmente lo mismo, y cada uno defenderá lo que posee, aunque sea un juguete de cuerda que ya no funciona. De manera que, independientemente del objeto, hay una actitud posesiva en la mente, hay un “yo” que necesita poseer, hay un “yo” posesivo.

Esto explica por qué al desprenderse de una posesión, poseerá alguna otra en otro nivel.

Una revolución económica podría limitar o abolir la posesión privada de propiedades, pero el estar libre de la posesión psicológica de personas, cosas o ideas, es una cuestión muy distinta.

Puede liberarse de una ideología, pero pronto encontrará otra. A toda costa tiene que poseer, porque esa es la propensión de su mente, de su ego, de su “yo”.

El tener poder sobre las personas o las cosas da una sensación de importancia, una sensación de bienestar, una comodidad que reduce la incertidumbre propia de la vida, y sin embargo en eso hay conflicto y dolor.

¿Quiere mantener el placer de poseer, y evitar su pena? ¿Puede hacerse eso? ¿Es posible? Parece imposible por lo que se refiere a propiedades e ideas, y lo es mucho más con respecto a las personas.

Las propiedades, las ideologías y las tradiciones profundamente arraigadas son estáticas, fijas, y pueden defenderse durante largos períodos de tiempo, por medio de la legislación y las armas de los ejércitos, que eso es lo que defienden. Pero la revuelta de los pueblos es una asignatura siempre pendiente, una amenaza latente, una incertidumbre viva que no permite el disfrute de lo poseído. El temor está implícito en la propiedad. La movilización de las masas desposeídas es el peligro potencial.

Respecto de la posesión de personas, la situación es un poco diferente. Las personas son seres vivos, que quieren dominar, poseer y ser poseídas. A

pesar de los códigos de moralidad y de las sanciones de la sociedad, las personas pasan de una forma de posesión a otra, digan las leyes lo que digan.

De manera que nunca existe la completa posesión de nada, en ningún tiempo, porque el conflicto, el temor, la incertidumbre y la muerte, impiden psicológicamente el placer infinito de poseer.

Inconscientemente se busca una seguridad absoluta imposible, porque la incertidumbre es una ley del Universo, y esa incertidumbre produce sufrimiento.

Nada permanece como es, todo cambia, lo que es deja de ser, nada es garantía de nada, y la muerte espera.

Esto es así, así es esto, así es la realidad, y sin embargo, la mente ansía poseer. ¿Por qué? ¿Ha habido alguna vez un momento en que la mente ni posee ni está poseída?

Poseemos porque nosotros mismos, en estado egocéntrico, no somos nada y, al poseer, tenemos la sensación de haber llegado a ser alguien, sensación que defendemos con el fusil y con la mente astuta.

Por ahora, no somos más que lo que poseemos: el título, la cuenta bancaria, el modelo del automóvil, la ideología, las personas dependientes, y esta identificación fatua engendra enemistades, pugnas, envidias, conflictos y la avaricia de necesitar más y más.

¿Puede la mente dejar de poseer o de ser poseída? ¿Conoce un instante en que la mente ni posee ni es poseída, en que está totalmente libre de la influencia de lo que ha sido y del deseo de llegar a ser?

Inquirir y descubrir por sí mismo la verdad de esta libertad es el factor liberador, y no la voluntad de ser libre. Inquirir, indagar, descubrir, es la acción en el instante del hecho, y la “*voluntad*” es el deseo de resolverlo proyectado en el futuro.

No se trata de un voluntarismo, que incluye el tiempo futuro, sino de la percepción pura de la realidad que sucede, en el momento que sucede.

Descubrir “*lo que es*” es muy diferente de la voluntad del “*deber ser*”.

El mundo es lo que "yo" soy

Todo lo que hay en la tierra ha sido creado por la naturaleza o por el pensamiento. Todo, absolutamente todo.

La tecnología que originó la revolución industrial -la máquina de vapor- fue creada por el pensamiento, y el modelo capitalista, que acumula en unos mediante el despojo de otros, fue también creación de la mente humana pensante.

Este modelo del desastre a nivel global ha sido creado por la mente humana individual, personal. Todo ha sido creado por personas que piensan, en ciertas circunstancias históricas dadas.

A partir de aceptar estos hechos, muchos podemos comprender la urgencia de una renovación interna, puesto que ella es lo único que puede dar origen a una transformación radical de lo externo, de la sociedad.

Este es el problema que preocupa a todas las personas seriamente intencionadas.

Nuestro problema es cómo producir una transformación fundamental, radical, en la sociedad; y esta transformación de lo externo no puede tener lugar sin una revolución interna.

Dado que la sociedad es, en sí misma, estática, cualquier acción, cualquier reforma que se realice sin esta revolución interior, se vuelve igualmente estática. Si la fuerza que dinamiza el cambio no es dinámica, el resultado es estático.

Si una revolución armada triunfa y sólo cambia las condiciones externas, el fracaso es cuestión de tiempo. Esa es una de las grandes dificultades de toda revolución. Necesita cambiar las condiciones externas sociales rápidamente, pero su éxito depende del cambio en el ser interno de sus habitantes, el cual no es rápido, no puede ser rápido, porque no se trata sólo de cambiar de ideología sino de cambiar el estado de conciencia de la realidad.

Sin esta constante revolución interior no hay esperanza, porque sin ella, la acción externa se vuelve reiterativa, habitual, mecánica.

La acción que surge de la relación entre unos y otros, entre Ud. y yo, es la sociedad; y esa sociedad se vuelve estática, rígida, sin cualidades vivificantes mientras no exista esta constante revolución interior, una transformación ideológica creadora, una mutación del ser humano.

A causa de que no existe tal transformación, la sociedad está siempre cristalizándose, volviéndose estática y, por lo tanto, se está desintegrando constantemente. El conflicto continuará.

Nosotros hemos creado esta desdicha

¿Qué relación existe entre nosotros y la desdicha y confusión que nos rodea? Evidentemente, esta confusión, esta crisis, no se originaron de por sí, por sí mismas.

Usted y yo las hemos creado, no la sociedad capitalista o comunista o fascista, sino nosotros en nuestra relación mutua.

Es verdad que hace 300 años otros iniciaron este degradante proceso humano, pero somos nosotros los que hoy le damos continuidad, vigencia.

Lo que somos en lo interno ha sido proyectado a lo externo, al mundo. Lo que somos, pensamos y sentimos, lo que hacemos en nuestra existencia cotidiana, se proyecta al exterior, y eso constituye el mundo, la sociedad.

Si dentro de nosotros somos desdichados, codiciosos, avaros, confusos, caóticos, eso, proyectado, se convierte en el mundo, en la sociedad, porque la relación entre usted y yo, entre mí mismo y otro, es la sociedad.

La sociedad es el producto de nuestra relación, y si la sociedad es codiciosa, egocéntrica, estrecha, nacionalista, es porque proyectamos eso y generamos eso en el mundo, desde nuestro ser interior.

El mundo es lo que somos nosotros.

El mundo es lo que “yo” soy.

Interpreto el mundo desde mi “yo”, que es la calidad de mi ser.

Nuestro problema, pues, es el problema del mundo.

“Yo” soy el problema.

Este es un hecho básico, que debe ser comprendido, pero por alguna razón parecemos descuidar todo el tiempo.

Deseamos producir un cambio mediante un “*sistema*” o mediante una revolución en las ideas y valores que se basan en un sistema, olvidando que somos ustedes y yo los que hemos creado y mantenido este tipo de sociedad, los que producimos orden, confusión, codicia, o miseria, según sea nuestra manera de vivir.

En consecuencia, debemos empezar cerca; o sea, que debemos interesarnos en nuestra existencia cotidiana, en nuestros pensamientos, sentimientos y acciones de cada día, lo cual se revela en el modo como nos ganamos la vida y en nuestra relación con el prójimo, con las ideas y con las creencias.

El conocimiento de sí mismo es una posibilidad evolutiva, en medio de la cotidianidad. Observar lo que soy, mientras hago lo que hago. Lo importante no es lo que hago, sino estar Presente, Testigo de los procesos internos, consciente de sí mismo, mientras hago lo que hago, porque esa observación de sí mismo transforma lo observado, y transforma el ser.

Se trata de “*Ser en el hacer*”.

Ser es ser consciente de sí mismo y de la realidad, mientras se hace lo que se hace.

Si practico el sólo Ser, ignoro la realidad.

Si privilegio el hacer, ignoro la conciencia de sí mismo y quedo prisionero de la personalidad, del ego, del “yo”. Esta es la clase de vida ordinaria que gobierna a la humanidad, en la cual predomina la codicia como la fuerza motriz que todo lo anima. Este es el modo de vida de “*tener*”, tener más, y más, ser más, lograr más y más, sin importar los demás.

¿Qué es progresar?

Veamos esto. Si examinamos nuestra ocupación, veremos que esta se basa fundamentalmente en la envidia; no es sólo un medio de ganarnos la vida, sino que psicológicamente hay algo más.

La sociedad está estructurada de tal manera que es un proceso de constante conflicto, de un constante anhelo obsesivo por “*llegar a ser*” esto o aquello. Se basa en la codicia, en la envidia al superior, al jefe.

El oficinista quiere llegar a gerente, lo cual demuestra que su interés no está sólo en ganarse el sustento, en tener un medio de subsistencia, sino en adquirir posición y prestigio.

El taxista quiere ganarse el sustento, mientras posee su propia flota de taxis.

La modelo quiere ganarse el sustento, mientras llega a ser reina de belleza.

El médico quiere ganarse el sustento, mientras llega a ser gerente de la clínica, y luego ministro de salud.

El político quiere ganarse el sustento como alcalde, mientras llega a ser gobernador y luego presidente de la república, para honor y gloria suya y de todos sus descendientes, que nunca más serán pobres.

Esto es lo que el sistema llama “*progresar*”.

En esta actitud no prevalece el Ser, sino el “*deber ser*”, el “*llegar a ser*”, el “*llegar a tener*”, que oculta el tiempo futuro como centro de la vida, mientras ignora el momento Presente, que es la única realidad.

Es la persona enajenada. Su cuerpo está aquí, ahora, mientras su mente está en el futuro que, en realidad, no existe.

Esta actitud patológica, naturalmente, produce estragos en la sociedad y en las relaciones, porque es generadora de conflictos.

Este “*progresar*” codicioso, propio del sistema, ignora absolutamente la posibilidad evolutiva del ser humano.

Una nueva manera de vivir

Si nos interesáramos solamente en ganarnos el sustento en forma digna y suficiente, mientras practicamos simultáneamente la conciencia de sí mismo, descubriríamos el recto medio para ello, un medio de vida no basado en la envidia, la codicia, ni la posesión de las cosas.

No sólo el Ser, porque ignoraría la realidad, ni sólo hacer, porque ignoraría el potencial evolutivo humano que reside en la evolución de su conciencia. Ser y hacer, simultáneamente. Ser en el hacer, Ser el hacer, simultáneamente, como Ud. lo comprenda mejor, pero siempre los dos, juntos, simultáneos, hasta que sean lo mismo.

Esa es una nueva calidad de vida interior, porque el Ser ha evolucionado.

La codicia es uno de los factores más destructivos en la relación, porque indica deseo de poder, de posesión, que finalmente conduce a la política. Todo eso, la codicia, la envidia, el afán de poder y de prestigio, y la política, se hallan estrechamente relacionados.

La política ordinaria es la ciencia de la manipulación, para satisfacer propósitos protervos personales.

En el fondo de la codicia está el apego, que es la dependencia existencial de las cosas o las personas, para ser feliz.

Si le tiene apego a su casa, recuerde que va a morir y no se la va poder llevar.

En una nueva manera de vivir tendría que aprender a vivir desapegado, y no obstante usar su casa, utilizar su casa, responsablemente.

¿Por qué es necesario poseer casa? ¿Por qué es indispensable tener casa, que sea mía?

Vivir libre del apego. Lo que significa que estoy viviendo en esta casa, la utilizo, soy su usuario, soy responsable de ella, de lo que pasa dentro de ella, sin que mi felicidad ni mi destino dependan de ella.

Pero mientras estoy vivo, hoy, soy plenamente responsable de todo lo que utilizo, sin necesidad de ser dueño de nada, propietario de nada, apegado a nada, pero responsable de todo.

Si soy consciente, utilizo la casa, porque mi destino en el momento presente depende de mi Ser interior. Mi destino no depende de la casa.

Si soy inconsciente, necesito poseer la casa, apegarme a ella, porque, por lo menos, soy la casa. Necesito ser propietario de ella. La propiedad es apego, y el apego me hace sentir que, por lo menos, soy eso, la cosa, la propiedad.

Sin ella no soy nada.

Este es el origen de su codicia.

¿Usted tiene casa, o la casa lo tiene a usted?

¿Usted tiene dinero, o el dinero lo tiene a usted?

¿Usted tiene cosas, o las cosas lo tienen a usted?

Libre del apego es parte esencial de la libertad interior, condición para vivir la vida "*tal como es*", de instante en instante, en su exacto sentido.

Bibliografía

- Konrad Lorenz. Decadencia de lo humano.
- Erich Fromm. Miedo a la libertad.
- Krishnamurti. Sobre la ética y los medios de vida.
- Andrés Holguín. La pregunta por el hombre.